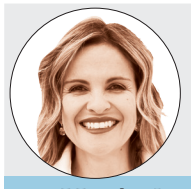
Pandemia de Empatía



"El virus nos unión como humanidad"

María Andrea Nieto

Tenemos que dar la talla. Este reto colectivo no puede quedarnos grande. Es verdad, estamos ante una crisis que nos tiene a todos con los nervios de punta. No solo es la pandemia por efectos de la propagación del virus, sino también la reacción de los mercados y las bolsas en el mundo entero. El precio del dólar por las nubes. El precio del barril del petróleo por el piso por la guerra (¿estratégica?) entre Rusia y Arabia Saudita. Cuarentenas decretadas en España, Alemania, Francia e Italia. Vuelos cancelados. Eventos deportivos suspendidos. Supermercados atiborrados de gente y con las estanterías desocupadas sin papel higiénico. Y hasta Tom Hanks infectado.

Un gran amigo me hizo llegar hace unos días el cuento de Gabriel García Márquez "Algo muy grave va a suceder en este pueblo" y que narra cómo una señora tuvo un mal presentimiento una mañana y se lo contó a un familiar. Acto seguido el rumor del mal presagio se volvió viral y la gente abandonó el pueblo. La mujer del presentimiento caminando hacia el exilio ratificaba su propio vaticinio en medio del caos generado por un pensamiento "yo sabía que algo horrible iba a pasar", se decía.

Pero hay esperanza. El virus nos unió como humanidad. Nos recordó el nivel profundo de conexión que tenemos. Allá en la China en el origen de la pandemia, ya levantaron el aislamiento forzado. Se controló el contagio y la gente volvió a las calles. Los italianos desde los balcones de sus casas cantaron el himno nacional y se volvió viral compartir en las redes sociales los escritorios que cada cual adecuó en su casa para hacer teletrabajo.

En Colombia, el Gobierno ha ido tomando medidas, pero lo más certero es cerrar las fronteras y aislarnos. Esa es la lección que nos dejan los que no lo hicieron. El nulo contacto social es la gran protección y aunque parezca exagerado, no hacerlo nos pone en riesgo a todos.

Tenemos que actuar con ética. Hacer lo correcto en estos momentos es cuidarnos en colectivo y dejar las actitudes egoístas para otros tiempos. Eso de me salvo yo y el vecino que se friegue, no es una buena estrategia en este momento.

Debemos salir de esto vivos, juntos y sanos. Lavarnos las manos hasta el cansancio. Alimentarnos bien para subir y mantener las defensas altas. Cuidar a los niños y adultos mayores. Aislarnos si tenemos gripa. No entrar en pánico, no difundir terror y así como estamos alborotados con la lavadera de manos, aprovechar y lavarnos también la cabeza y el corazón de tanta cucaracha. Y ser mejores versiones de nosotros mismos. Por ahora no caben los liderazgos negativos, que critican, se burlan y aprovechan el caos como en el cuento de García Márquez para generar más terror.

Vamos a salir de esta. Seamos optimistas. Propaguemos a la par con el virus, una pandemia de buenos tratos, de colaboración colectiva, de generosidad. Hay muchas personas que no quieren creer o aceptar que estamos metidos en este problema. No sé si las teorías conspirativas tengan cabida para creer que en alguna parte del planeta hay cuatro tipos tomando whisky y diciendo "todo salió como lo planeamos". Independiente de eso, que es hasta chistoso, echemos mano de nuestro sentido del humor. Acompañémonos, démonos ánimo y seamos responsables. En nuestras manos (bien lavadas) está la protección que necesitamos.

El último chino fascista



"Chino facha se ha convertido en atracción turística"

Fuad Gonzalo Chacón

La esquina está allí, justo al cruzar el Río Manzanares, a pocos pasos de aquel antiquísimo matadero de vacas donde cada tarde un hilillo de sangre escarlata reptaba por las calles de Madrid, a lo José Arcadio el día de su fusilamiento. "¿Estás seguro de esto?", me preguntó mi novia con un último amago de duda en su voz ante las patrióticas paredes rojas y amarillas del Bar Oliva. "Pues ya estamos aquí", le respondí, y juntos, con una grandísima incomodidad en el cuerpo porque alguien nos pudiera ver, entramos en esa, la más famosa cafetería abiertamente franquista de toda España.

De entrada es posible percibir el asedio de los funestos fantasmas del pasado, en un local que más parece un altar a Francisco Franco que un bar de tapas, un inapelable punto de procesión para los fervorosos seguidores del caudillo. Con banderas de águilas ilegales que solo pueden exhibirse en privado, quepis donados de todas las divisiones militares del país que adornan las paredes como animales disecados e incontables retratos del dictador en botellas, calcomanías y fotografías que se multiplican con cada nuevo pestañeo, el Bar Oliva es un templo pagano al franquismo, una oda gastronómica a uno de los períodos más oscuros de la historia española. O lo sería, de no ser porque su propietario es un chino, sí, un chino de la China, Chen Xiangwei, el último chino fascista de la península.

Y así es como todo el lugar se despoja espontáneamente de aquel aire de perversa sacralidad y los chistes que Chen va haciendo de mesa en mesa, en un español chirriante, aunque perfectamente coherente, convierten aquel refugio de nostálgicos de la Guerra Civil en un teatro del absurdo donde la puesta en escena parece una gran parodia de sí misma. El "chino facha", como se le conoce popularmente en el país, ha construido una atracción turística en la que tal vez ni siquiera cree realmente (como todos los adornos navideños o pesebres Made in China), pero con la que ha concentrado en el mismo lugar a quienes ven en su bar un mausoleo de gratitud, una descarada apología al franquismo o una crítica caricaturesca escondida a plena vista. A favor o en contra de Franco, todos pueden venir al Bar Oliva a comerse unas patatas bravas mientras lo discuten.

Su performance no siempre ha sido bien aceptado, pues múltiples veces lo han vandalizado y hasta le han golpeado en la calle, pero todo eso no hace más que agrandar su leyenda. Por eso es que su hijo se llama Franco Chen y por eso ha decidido refundar su bar una cuadra más allá cuando expire su contrato de arrendamiento a final de mes. "Una, Grande y Libre" se llamará, más franquista, más polémico, más morboso, más atractivo para visitar que nunca.

"El puto negro quiere café para llevar" grita Chen a su mujer tras la barra mientras su avergonzado cliente afroamericano ríe entre dientes y todos a su alrededor lo celebran. Aquí no hay filtros, no hay estereotipos, todo son risas políticamente incorrectas.

fuad.chacon@outlook.com
@FuadChacon



"Poder hegemónico, verdadera peste de la historia"

José Félix Lafaurie Rivera

BIONAUTA

Recordando a Camus

Desempolvé mi ejemplar de "La Peste" y repasé mis viejos subrayados, como una instantánea de mis inquietudes juveniles. Y lo hice porque, hoy, frente a la pandemia que asusta al planeta y a la mezquina lucha por la hegemonía mundial, que lo aterroriza con el derrumbe del precio de petróleo, el alza del dólar, la fuerte caída de las bolsas de valores y la pobreza, como si no fueran suficientes los temores por la enfermedad y la muerte, la obra de Camus tiene una doble y pertinente lectura.

La primera, que solo estuvo en su imaginación, como "la peste" trasmitida por las ratas en la vulnerable ciudad de Orán; hoy aparece como realidad aplastante para la humanidad, con su misma incertidumbre, su miedo y, sobre todo, su pasmo frente al peso abrumador de lo incontrolable, en el mundo del "todo bajo control" de la tecnología y la hiperinformación de las redes.

Hoy Camus reescribiría su alegoría, ya no desde el cerco físico para atajar la enfermedad o la limitación de las libertades para "proteger a la sociedad de sí misma", sino desde ese nuevo cerco, que parece "libertad", de la información exuberante, las mentiras, medias verdades, suposiciones y hasta supercherías, volando por las "redes" y generando desinformación y pánico, a lo que poco ayudan los medios formales, con sus agobiantes "especiales" y morbosas contabilizaciones de infectados y muertos, que tampoco faltaron en la ficción de La Peste.

Ojalá los medios y las redes encuentren el equilibrio entre la información necesaria y responsable, y la avidez del "rating" y los "likes", so riesgo de causar un efecto contraproducente de anestesia social y "fin del mundo"; no sea que terminemos de fiesta en medio del desastre, como la orquesta del Titanic.

La otra lectura, la política, la de Camus, es "la peste" como alegoría de la maldad en la Francia ocupada por "las ratas" del nazismo y las del colaboracionismo de Pétain. Es la supremacía de las ideologías -y hoy de los bolsillos- por encima de cualquier consideración de humanidad, peste que también tiene su expresión en el momento actual.

La arrogancia de Putin y su nostalgia del poder ampliado de la U.R.S.S., que lo llevó a anexarse Crimea en 2014, hoy reaparece con la ruptura del pacto con la OPEP para reducir la producción y sostener el precio del petróleo. A la caída de la demanda por el Covid-19, se suma la sobreoferta por la trepada de la producción gringa, de casi el 90%, gracias al eficaz pero "costoso" fracking. Y en ese "costo" radica la apuesta de Putin en su lucha por la hegemonía mundial cifrada en el petróleo.

A Putin no le importan los Saudíes, ni las consecuencias demoledoras de una recesión en medio del Covid para los países pobres o "en desarrollo" como Colombia. A Putin lo único que le importa es tener el precio en el piso hasta que las petroleras de USA agachen la cerviz y Rusia recupere la hegemonía al lado de los árabes. Hoy, como en La Peste, tenemos héroes para salvar al mundo de la pandemia, pero nos faltan héroes contra la arrogancia del poder hegemónico, la verdadera peste de la historia.

Nota bene. En algún momento habrá que anteponer la seguridad de los colombianos a la solidaridad con el vecindario. La multitud de venezolanos entrando y saliendo a diario con la sola protección de un tapabocas, no solo contradice las indicaciones de las autoridades sobre el uso de ese utensilio, sino que es un peligro inminente que sugiere el cierre controlado de la frontera.

@jflafaurie